

EL ENCIERRO DE UNA PEQUEÑA DONCELLA

Estercilia Simanca Pushaina

Llevo treinta lunas tratando de aprender lo que mamá y las viejas Yotchón y Jierrantá me enseñan. Mi piel cobriza se ha tornado pálida y mi cabeza envuelta en un pañolón que esconde lo que le han hecho a mis cabellos se pregunta: ¿Cuánto durará este encierro que me hace sangrar?-Pensaba liwa-Kashí, mientras la bañaba su madre-.

Era de madrugada, las estrellas decían que podían ser las cinco. Estaba sentada en una gran piedra y el agua tibia del cocimiento de hojas y bruscos del monte apacigua el frío de la madrugada que le penetraba hasta los huesos. Su madre la bañaba de la cabeza a los pies. La restregaba con hojas y le sacaba los residuos que le quedaban después del frote con el agua verde del cocimiento. Su madre no dejaba de echarle agua con la totuma hasta no acabar la última gota: Ya está – decía - Ketchón al terminar de bañar a su hija.

liwa era conducida por su madre al interior del rancho envuelta en una sabana. Sentada en una butaca ella misma se secaba, pasaba sus manos sobre su cabeza para sentir esa sensación de estar tocando un retoño de tuna con espinas tiernas -parezco un erizo- pensaba-Antes de mi encierro tenía mis cabellos por la cintura. Siempre desee cortarlos, como las profesoras alijunas que llegan a Uribia a dar clases en el internado donde yo estudiaba, con sus caritas rosaditas y sus cintitas de colores en la cabeza; pero nunca dejármelo tan corto, como me lo dejó mamá. La culpa de todo la tuvo la vieja Yotchón, quien decía que me lo cortarían hasta el pegue del cuero –Moocholokalü ekii- bien cortico- decía cada vez que mamá cortaba un mechón de mis cabellos. Yo sentía el sonido de la tijera haciendo desastres en mi cabeza y hasta tuve miedo de que mamá me volara una oreja.

Era como si estuviera cortándole la lana a un ovejo, para que mamá Pitoria, mi abuela, hiciera con ella una mochila. Luego era un frío en mi cuello y mi cabeza la sentía liviana. Solo hasta ese día pude ver o más bien recordar lo grande que tengo las orejas. En el internado nunca me quise recoger el cabello porque no me gustaba que me las vieran y por mucho que me gustaran las cintitas de colores que usaban las profesoras, nunca las usé porque así también se notarían mis grandes orejas. Ahora están a la vista de mamá y de las viejas Yotchón y Jierrantá. Es por eso que uso este pañolón, no tanto para ocultar lo que le han hecho a mis cabellos, sino para ocultar mis enormes orejas. La vieja Yotchón no hace otra cosa que decirme juche'e puliikü- oreja de burro.

La vieja Jierrantá llegaba siempre con la mañana. Traía chicha tibia y cerrera para liwa. Era lo único que consumía durante cierta etapa de su encierro. liwa ya se había acostumbrado a tomar la chicha simple sin azúcar ni panela. Al principio protestaba, pero Ketchón su madre, y las viejas Yotchón y Jierrantá parecían no escucharle. – ¡Irasü taya!- estoy simple –estoy simple- ¡No he comido nada con azúcar ni sal en este encierro, es por eso que estoy tan pálida y flaca! – Terminaba llorando la pequeña doncella que aún no comprendía porque la habían encerrado.

Durante todo este tiempo he visto por las rendijas de la puerta, como mis tíos han construido un telar en la enramada del rancho donde me encuentro y como han colocado sabanas alrededor de la enramada para ocultarme de las miradas de la gente. Antes de que hicieran el telar las viejas Yotchón y Jierrantá me enseñaban a tejer mochilas, pero debo confesar que mis manos no son como las de la doncella desconocida de la leyenda de waleket, la leyenda de la araña, de donde dicen los viejos que los wayuu aprendimos a tejer. Aún no aprendo lo más sencillo y las puntadas se me enredan. Si de mi progreso en el tejido dependiera mi salida de este encierro, creo que me quedaría encerrada de por vida.

Hace días escuche la voz de mi tata. Quise salir a su encuentro, pero me lo impidió la vieja Yotchón agarrándome bruscamente por la cintura y arrojándome al piso de tierra del rancho. En esos momentos lo que sentí fueron unas ganas intensas de agarrar la vara de wararat que había en uno de los rincones y pegarle una limpia para desquitarme de sus burlas por mis grandes orejas y por ser tan bruta para aprender a tejer como ella siempre me decía cuando me equivocaba en una puntada, pero no pude. Yotchón era hermana de mi mamá Pitoria, mi abuela. Y así toda esa rabia se tradujo en un incontenible llanto que comenzó esa mañana y terminó en el medio día con sollozos.

Después supe que mi tata había traído mas hilo para tejer y un saco de maíz para que prepararan la chicha. Pero esta vez me tocaba moler el maíz, picar la leña y prender el fogón. ¿Por qué me tocaba hacer esto, si siempre hemos tenido sirvientes que lo hagan? Recordé a Karrawa, nuestra sirvienta, y pedí a mamá que mandaran por ella, pero se negó –Tú tienes que aprender- fue lo único que me dijo- A mamá parecía no importarle que mis brazos estuvieran cansados de tanto darle vueltas a la manivela del molino. Yo nunca había preparado la chicha, solo la endulzaba a mi gusto y me la tomaba; nunca había picado leña, a veces iba al monte a acompañar a Karrawa cuando ella la buscaba y nunca había prendido el fogón porque siempre me fastidió el fogaje en la preparación de los alimento cuando Karrawa o mamá lo hacían. Nunca quise tomar chicha mascá porque me daba asco. Es que eso de mascar uno la chicha y escupirla en una totuma para que otro se la tome, nunca pareció agrardarme y ahora resulta que tengo que mascar chicha para unos invitados de mi tío Shankarit.

Para ese tiempo aún no conozco los motivos que me llevaron a este encierro, lo único que me da vueltas en la cabeza, como el sonido de la campana en el internado es si volveré a estudiar. Ya casi se acaban las vacaciones y no he escuchado a mamá hablar de los preparativos para partir a Uribia. En esta época del año siempre viajamos a Maiko`u a comprar todo lo necesario para nuestra estancia en el internado. Recuerdo que mamá nos compraba a Jayarra, mi hermana menor, y a mi jabón chino porque ese duraba más que los otros, champú de romero para nuestros cabellos negros y telas de algodón para nuestras mantas. Nuestro baúl de madera se llenaba con las nuevas cosas y se hacía necesario arrastrarlo por su peso. Al abrirlo desprendía una fragancia de sándalo y romero que nos caracterizaba a la mayoría de las internas. Jayarra, mi hermana, era la encargada de llevar las llaves del baúl en la cadenita que siempre portaba en el cuello, porque yo era muy olvidadiza. Hasta que en una madrugada, cuando venía de regreso del baño fue asaltada por otras internas que le arrancaron de un zarpazo la cadenita con la llave de nuestro baúl y fue retenida en el baño mientras las otras lo saqueaban. Jayarra, por la oscuridad no pudo saber quiénes eran; en realidad nunca lo supimos, todas las internas usaban jabón chino y champú de romero, todas olían a sándalo y a romero. De aquí en adelante yo llevaría las llaves amarradas a la cadera, junto con la aseguranza de piedra coralina. A nosotras nunca nos volvieron a saquear el baúl, pero a otras internas sí. Ahí no se sabía quiénes eran las que tomaban las cosas, lo que se sabía era que había muchos niños que eran enviados a los internados porque en sus rancherías no había nada que comer, y solo llegaban al internado con lo que tenían puesto. Sé que en Nazareth también hay otro internado indígena al cual llegan las madres y le ruegan a los misioneros capuchinos que se queden con sus niños,-porque en la ranchería no hay comida, no hay agua en el jagüey, y las cabras no dan leche y allá solo se morirían de hambre.-les dicen-

La vieja Jierranta, la menos rígida con liwa durante la etapa de su encierro, le daba brebajes a la doncella wayuu para purificar su espíritu y preservar su belleza india. liwa los tomaba a empellones, cada día era más rebelde, la monotonía la llevaba a comportarse como una chiquilla altanera, pero el caminar poco y mantenerse acostada la estaban volviendo en una ermitaña. Se negaba a seguir con las clases de tejido y a conversar con las viejas Yotchón y Jierrantá de cosas de mujeres. Pasaba horas en el chinchorro que habían dispuesto para ella desde el encierro y se mecía con fuerza hasta hacer crujir la madera del rancho. Ketchón, su madre la obligaba a bajarse tomando la vara de wararat pegándole por debajo del chinchorro.

Una noche, mientras miraba la luna por un hueco que había en el techo del rancho, pensó en Jimaai y recordó su aventura por Maiko`u y el collar que él le había regalado y que su madre le quitó al momento del encierro-¿Me pregunto si me recordará? ¿Si habrá pasado por nuestra ranchería? ¿Por qué no lo escucho cantar? ¿Ni lo siento cuando viene de regreso de pastorear? ¿Habrá preguntado por mí? ¿Sabrá de mi encierro? Y...si lo sabe, ¿Quién se lo dijo? ¿Por qué no ha intentado acercarse? ¿O...es que ya no extrañaría mi presencia en vacaciones? ¿Ni se extrañaría al ver a Jayarra irse sola al internado?

Otra luna- Siguió pensando- Ya con esta son ciento cincuenta lunas y aún no termina este encierro. Como quisiera verme en el espejo, saber cómo he quedado después que mi mamá me cortara el cabello. Apenas puedo ver mi sombra durante el día y... ¡Sí! Me ha crecido un poco pero no lo suficiente para cubrir mis orejas.

En la madrugada liwa soñó con una araña que al descender de un hermoso árbol se convertía en una doncella. La doncella desconocida halaba hilos de colores de su boca, y hacía hermosos tejidos. liwa, en el sueño se le acercó y vio como la doncella hacía con sus delicadas manos tejidos que las viejas Yotchón y Jierrantá jamás habían hecho. Figuras desconocidas para liwa, pero se asemejan a las figuras que tejía una artesana de Nazareth, que liwa había visto algunas veces en Uribia. liwa pidió a la doncella desconocida que le enseñara; esta sacó más hilo de su boca y le enseñó a liwa las puntadas que no aprendía con las viejas Yotchón y Jierrantá. Al llamarla su madre para el baño, liwa despertó pensando en el sueño y se preguntó si todavía recordaría lo que había aprendido en el.

Cuando terminaron de bañarla se vistió rápidamente, buscó los hilos que su tata Valencia le había traído. Se sentó debajo de la enramada y empezó el tejido que la doncella desconocida le había enseñado. liwa sonreía al ver como al combinar los hilos iban surgiendo figuras perfectas, que sorprendían a las viejas Yotchón y Jierrantá. A partir de ese momento liwa sorprendió con una variedad de tejidos y combinación de colores que entusiasmaba a toda su familia. liwa, duró un año soñando con la doncella desconocida que le revelaba con sus manos y sin pronunciar una sola palabra, más y más secretos del tejido wayuu. liwa nunca le revelaría a sus institutrices y a su madre sobre sus clases secretas de tejido. En el último sueño con la doncella desconocida, porque nunca los volvió a tener, liwa recordó en él la leyenda de waleket y descubrió que aquella doncella era la misma que se había convertido en araña al ser descubierta por su protector, el cazador que la salvó al encontrarla sola y desamparada en el monte éste la adoptó y la llevó a su ranchería y en agradecimiento todas las noches cuando nadie la veía, la doncella desconocida halaba hilos de su boca y realizaba hermosos tejidos para el cazador. Una noche fue vista por él y al ser sorprendida se convirtió en araña y huyó hacia un árbol. Desde entonces quedó convertida en Waleket, en araña.

Así fue transcurriendo el tiempo y el encierro de liwa era cada vez más satisfactorio para su madre y sus institutrices las viejas Yotchón y Jierrantá, quienes se disputaban las virtudes artesanales de liwa, diciendo cada una, que la pequeña doncella había aprendido gracias a la rigurosidad que cada una imprimía a sus clases.

Su piel era cada vez más tersa y menos cobriza, sus cabellos negros y vírgenes habían crecido logrando ocultar sus orejas. Su nueva figura delgada había dejado atrás a la niña gordita de cara de luna, para darle paso a la majayut, señorita, que había despertado en el encierro.

liwa escuchaba atenta a las indicaciones dadas por su madre y por sus viejas institutrices. Tomaba los brebajes preparados por la vieja Jierrantá sin chistar. La vieja Yotchón al ver el nuevo comportamiento de liwa dejó de llamarla juche'e puliikü -oreja de burro- y empezó a tratarla con respeto y más cariño. Su madre en tiempos de luna nueva, cortaba las puntas del cabello de liwa para que le creciera más rápido.

A inicios del segundo año de su encierro, la doncella se enteró que Jimaai se había ido de su ranchería, pero esta vez no fue a Maiko'u. Su destino era más allá de la frontera. Se había ido con sus hermanos mayores desde que se enteró que liwa había sido encerrada. Desde entonces ya no se habían visto en las vacaciones que tanto esperaba Jimaai para ver a liwa que venía del internado de Uribia. Se entristecía al imaginarla en el encierro y teniendo como compañía a la vieja Yotchón, que a todos les tenía sobrenombre, a él por ejemplo, le decía Mo'usaichon -que quiere decir el que no tiene ojos- por los ojos pequeños y rasgados de Jimaai. Intentó en tres ocasiones acercarse al encierro de liwa, pero fue sorprendido por la vieja Yotchón, quien en las tres oportunidades lo persiguió con una vara de wararat y en la última fue hasta Ichichon, su ranchería y habló con Karouna, la madre de Jimaai por intentar ver a una princesa en su encierro. Desde ese momento y para evitar problemas Jimmai fue enviado con sus hermanos mayores a las Serranías de Perijá.

Al enterarse liwa de los hechos ocurridos con Jimaai las preguntas que se hacía en sus noches de encierro ya tenían respuesta. El joven Jimaai si la extrañaba. Al principio se preguntaba ¿Por qué liwa ya no recoge pichiguelos?, ¿Por qué la han encerrado y la han apartado de nosotros?, ¿Por qué tiene puesto la tía Ketchón el collar que le regalé a liwa, si prometió nunca quitárselo? ¿Por qué no dejan que yo la vea? Su abuela Marakariita, quien parecía escuchar sus pensamientos y preguntas sin respuesta, le dijo: Cuando liwa salga de su encierro ya no será la misma. La niña con la que jugabas a tumbar cotorritas de sus nidos y a la que le regalabas tortolitas se ha ido. Ahora será una doncella cuya belleza solo se podrá comparar con la luna de primavera. Su encierro terminará como el de todas las princesas, con una fiesta en una noche de primavera y será ella quién en esa noche bailará la yonna. ¡Me imagino las mantas de seda que lucirá liwa!, -seguía diciéndole Marakariita a su nieto Jimaai- Los collares de oro y tu'uma que heredará de su madre y los nuevos que sus tíos le regalaran-

Después de escuchar a su abuela, Jimaai fue a su chinchorro, se acostó, cerró sus ojos y trató de imaginar a la nueva liwa, pero su mente solo lograba traer la imagen de la niña gordita de cara de luna. Por último agotado de tratar de imaginar la nueva imagen de liwa, pidió al creador de sus sueños soñar con ella, pero en sus sueños solo vio a un anciano aproximarse a él y decirle "traigo la palabra del creador de los sueños de liwa, quien te manda a decir que la princesa tiene un espíritu protector que impide que hasta en sus sueños puedan violar su encierro".

Al día siguiente Jimaai se marchó con sus hermanos mayores a las Serranías del Perijá.

Al tercer año de su encierro la familia de liwa, los Juusayuu de la ranchería de Ipapüle, se preparaban para su salida. Jayarra no pudo estar presente porque se encontraba en el internado de Uribia. Mis tíos paternos fueron invitados a la yonna -baile- de liwa y sé por ellos que fue maravilloso. Todos me decían que liwa había crecido. Estaba delgada y su piel era blanca. Cuando bailaba la yonna parecía tener los pies en el aire. Sus mantas eran nuevas y de seda. Regaló a los invitados especiales mochilas y chinchorros que ella misma había tejido en sus tres años de encierro y entre los invitados especiales estaba Memeeya, la artesana de Nazareth que liwa había visto alguna vez en Uribia y cuyos tejidos se asemejaban a los que ella había visto y aprendido en sus sueños con Waleket. Ella, al recibir el obsequio de liwa dijo: “A ti como a mí, también te enseñó Waleket”.

liwa-Kashí o Luna de Primavera, regresó al internado de Uribia tres años después, al terminar su encierro. Regresó cuando nosotras nos preparábamos para el grado de bachilleres normalistas pero en ese año Jayarra, su hermana menor, no regresó.